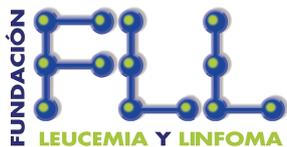




CUENTO CONTIGO

20 cuentos
solidarios



Una iniciativa solidaria del programa de radio Menudo Castillo a favor de la Fundación Leucemia y Linfoma.

Este libro ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.

@ De los textos:

Alfredo Gómez Cerdá · Ana Alcolea · Begoña Oro · César Mallorquí · Daniel Hernández Chambers · David Fernández Sifres · Gonzalo Moure · Javier Fonseca · Jordi Sierra i Fabra · Leticia Costas · Lola Núñez · Maite Carranza · Marinella Terzi · Mónica Rodríguez · Paloma Muiña · Ricardo Gómez · Roberto Santiago · Rosa Huertas · Santiago García-Clairac · Xavier Frías

@ De las ilustraciones:

Adria Alvarado · Albertoyos · Andrés Guerrero · Andrés Meixide · Carmen García Iglesias · Carmen Martín · Claudia Ranucci · David Guirao · Enrique Carballeira · Eugenia Alcázar · Gerardo Domínguez · Iratxe López · Javier Andrada · Juan Ramón Alonso · María Luisa Torcida · Marta Fàbrega · Montse Español · Teresa Novoa · Tesa González · Ximena Maier

Dirección Editorial: Isabel Carril
Coordinación Editorial: Begoña Lozano
Edición: María José Guitián
Diseño: Gerardo Domínguez
Preimpresión: Peipe, S. L.

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

www.brunolibros.es

ISBN: 978-84-696-2834-8
Depósito legal: M-26077-2020

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin el permiso escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción o la transmisión total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento mecánico o electrónico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

Printed in Spain



Adria Alvarado · Albertoyos · Andrés Guerrero · Andrés Meixide · Carmen García Iglesias · Carmen Martín · Claudia Ranucci · David Guirao · Enrique Carballeira · Eugenia Alcázar · Gerardo Domínguez · Iratxe López · Javier Andrada · Juan Ramón Alonso · María Luisa Torcida · Marta Fabrega · Montse Español · Teresa Novoa · Tessa González · Ximena Mater · Alfred Gómez Cerdà · Ana Alcolea · Begona Oro · César Mallorquí · Daniel Hernández Chambers · David Fernández Sifres · Gonzalo Moure · Javier Fonseca · Jordi Sierra i Fabra · Leticia Costas · Lola Nuñez · Maite Carranza · Marinella Terzi · Mónica Rodríguez · Paloma Mujía · Ricardo Gómez · Roberto Santiago · Rosa Huertas · Santiago García Claiac · Xavier Frias



PIDE UN DESEO



Roberto Santiago

Ilustración:
Ximena Maier

—Pide un deseo —me dice María.

Ummmmmmmmmm...

No sé qué pedir.

Estoy en el parque que está debajo de mi casa.

Rodeado de un montón de gente.

Delante de nosotros hay una hoguera.

Bueno, en realidad hay muchas hogueras.

Es la noche de San Juan. La noche más corta del año. La noche en la que llega el verano.

Miro el fuego y me pregunto qué podría pedir.

Tal vez aprobar todas las asignaturas.

Las notas finales están a punto de salir.

Si no apruebo, no podré irme de vacaciones a la playa.

Puffffffff.

Puede ser un buen deseo.



María me coge de la mano y me dice:

—Tenemos que saltar. ¿Ya has pensado tu deseo?

María es mi vecina. Vive en el mismo edificio que yo, un piso más abajo. Muchas veces jugamos en el jardín del bloque. Algunas tardes también salimos juntos a pasear con su perro. Es blanco, y muy listo.

—Creo que sí —respondo, aunque no estoy seguro del todo.

Hay muchísimas personas en el parque saltando y gritando y riéndose.

Nuestra hoguera es de las más pequeñas.

Una hoguera especial para que salten los niños, habían dicho.

El fuego y las brasas brillan en la oscuridad.

Pienso que ya no soy un niño. Este verano cumpliré doce años. Y el próximo curso dejaré el colegio para ir al instituto.

Pero bueno, de momento será mejor que salte en la hoguera de los niños.

Además, María...



Bueno, ella es un año más pequeña. Así es que asunto zanjado: saltaremos esa hoguera y se acabó.

Puedo ver a mi madre junto a un árbol haciendo gestos para que saltemos de una vez.

—¡Venga, Alejandro, que no tenemos toda la noche! —exclama.

Alejandro soy yo. Muchos me llaman Álex, o Jandro. Mi madre es una de las pocas personas que me llama por mi nombre completo.

—¡Sí, sí, ya vamos! —contesto, pero la verdad es que no tengo muy claro qué pedir.

No quiero desperdiciar el deseo de San Juan.

No puedo pedir cualquier cosa.

Miro a María, que está sonriendo.

María sonríe mucho. Tiene una sonrisa preciosa. Yo diría que siempre está sonriendo. En todos los recuerdos que tengo de ella, aparece su sonrisa.

Supongo que a veces estará triste.

Como todo el mundo.





Aun así, ella sonríe.

Entonces me viene a la cabeza otra idea.

Otro deseo.

A lo mejor es una tontería.

Y me da un poco de vergüenza.

Podría pedir que María... me dé un beso.

Me refiero a un beso de verdad.

En la boca.

Mi hermano Pedro dice que él dio su primer beso a los once.

Aunque mi hermano dice muchas cosas y nunca sabes si son verdad o no.

Ahora tiene quince años y se pasa el día dándome collejas y empujándome y llamándome enano.

Mi padre dice que no se lo tenga en cuenta, que está en la edad del pavo.

Pero bueno, el caso es que este verano voy a cumplir doce.



Y todavía no le he dado un beso a ninguna chica.

No quiero ser el último de mi clase en dar un beso.

Además, creo que podría ser un buen deseo para la noche de San Juan.

Siento la mano de María apretando la mía.

—¿Qué pasa? —pregunta—. ¿Por qué no saltamos?

—Es que... estaba pensando... en...

—¿En qué?

—Pues en... el fuego... y en la hoguera —miento.

—¿De qué color es el fuego, Alex? —me pregunta ella.

Parece una pregunta fácil, pero en realidad no lo es.

A primera vista, el fuego parece de color amarillo.

Y rojo.

Pero si te fijas, también tiene reflejos azules.

María es muy especial.



A veces hace preguntas así.

Que no te esperas.

—El fuego es del color... de tu pelo —respondo.

María es pelirroja. Y en verano cuando le da el sol, se pone más rubia.

Ella sonríe al escuchar mi respuesta.

Ahí estamos los dos. A punto de saltar. Entonces siento un pequeño empujón detrás de mí.

—Venga, alelado —dice una voz—, salta de una vez, que estamos esperando.

Me doy la vuelta y veo a Gerardo Morenilla, más conocido como el Rana. El matón de mi colegio.

Antes iba a mi clase, pero como ha repetido, él sigue en quinto, y todos dicen que seguramente este año también va a repetir.

—Agarra bien a tu vecinita —añade—, no se vaya a caer.

El Rana va acompañado de media docena de chicos del colegio.

Todos se ríen al escucharle.



—Eso, eso, sujeta a la vecinita, que no se te queme —dice Pable-
ras, uno de los que le acompaña.

—Ayyyyyyyyy, la vecinita indefensa —se ríe el Rana—. Si quieres, la
sujetamos entre todos.

Me entran ganas de responderle que se meta en lo suyo.

Que no se le ocurra volver a empujarme.

Ni a reírse de mí.

Y, sobre todo, que como vuelva a meterse con María... se va a en-
terrar.

—Ni caso —me dice María, sin dejar de sonreír, agarrándome—,
no merece la pena.

Es increíble. Nunca deja de sonreír, da igual lo que ocurra.

Es como un superpoder.

Hay gente que puede volar.

O leer el pensamiento de los demás.

O atravesar las paredes.



Pues María puede lanzarte su enorme sonrisa.

No hay muchas personas capaces de algo así.

Pensad a ver cuánta gente conocéis que sonría siempre, en todo momento.

Creo que en realidad es una forma de ayudar a los demás.

Sonreír.

Siempre.

A todas horas.

Pase lo que pase.

María es la mejor persona que he conocido en toda mi vida.

Y no lo digo porque sea... especial.

Lo digo porque es la verdad.

Es superinteligente.

Y guapísima.

Y nunca jamás se enfada.



La agarro con fuerza de la mano.

Y digo:

—Tienes razón, no merece la pena.

Me giro hacia la hoguera. Escucho detrás de mí los comentarios y las burlas del Rana y sus amigos.

«Mira cómo se cogen de la manita».

«El alelado y la vecinita indefensa, qué tierno».

«La parejita del año».

Y se ríen. Pero ahora me da igual. Porque ya sé lo que voy a pedir.

—Vamos —digo, y María y yo echamos a correr.

Muy juntos.

Hacia el fuego.

Es un momento mágico.

Ya sé que solo es una hoguera.

Pero me concentro muchísimo en mi deseo.



Cuando saltemos al otro lado del fuego, nada será igual.

Es la noche de San Juan.

La noche más corta del año.

Y todo puede ocurrir.

—¡Ahora! —grito.

Cogidos de la mano, María y yo saltamos con todas nuestras fuerzas.

Y volamos.

Son solo dos o tres segundos.

Pero volamos sobre el fuego.

Siento el calor bajo mis pies.

Es como si fuera un salto a cámara lenta.

Movemos los pies por encima de la hoguera.

Y gritamos entusiasmados:

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!





Hasta que cruzamos al otro lado y por fin aterrizamos.

—¡Guau! —exclamo—. ¡Ha sido una pasada!

Ella también parece emocionada.

—Muchas gracias, Alex —dice.

—No, no —respondo—, gracias a ti.

Nos alejamos un poco de allí. Enseguida empiezan a saltar otros, así que tenemos que apartarnos.

Llegamos junto al césped.

Me doy cuenta de que aún seguimos cogidos de la mano.

—¿Qué has pedido? —me pregunta María.

Noto que me pongo un poco rojo.

—Es que los deseos no se pueden decir —respondo—, si no, no se cumplen.

—A mí no me importa decir lo que he pedido —replica ella sonriendo.

—¿Qué has pedido?



—Un beso.

—Ah —digo, cada vez más nervioso.

Aunque estamos rodeados de muchísima gente, me da la sensación de que en ese parque solamente estamos ella y yo.

Es como si todo el mundo desapareciera de repente.

—Cierra los ojos —me dice María.

Sin dudarle ni un segundo, le hago caso.

Cierro los ojos.

Un momento después, noto sus labios sobre los míos.

Siento muchísimo calor por todo el cuerpo.

El primer beso de mi vida.

Nunca me había imaginado que fuera así.

Delante de una hoguera.

Y cientos de personas.

Al fin, María separa los labios.



Aleja su rostro del mío.

Yo me quedo paralizado, sin saber qué hacer o decir.

No sé si el beso se ha terminado.

O si va a continuar.

Estoy temblando.

—Ya puedes abrir los ojos —dice ella.

Los abro.

La luz del fuego me deslumbra.

—¿Cómo sabías que seguía con los ojos cerrados? —le pregunto.

Por toda respuesta, ella sonríe.

Como siempre.

—¡María! ¡Te estábamos buscando! ¡Es muy tarde!

Detrás de ella aparece su madre.

Y su padre.



—¿Dónde te habías metido? —pregunta la madre—. Es hora de irse.

—Estaba con Álex —dice ella con tranquilidad.

María siempre hace y dice las cosas despacio.

—Estábamos saltando la hoguera —explico yo.

Por un momento, me miran tratando de saber si estoy diciendo la verdad.

—¿Saltando la hoguera? —pregunta el padre alarmado.

—Ha sido genial —afirma María.

Los padres parecen un poco nerviosos.

Se miran entre sí.

—Ya hablaremos —dice la madre—, vámonos a casa.

—Hasta mañana, Álex —se despide María con su gran sonrisa.

Sin más, los tres se alejan.

Cruzan por el parque.

Entre la gente.



La madre agarra a María de una mano, guiándola.

Al verla caminar junto a sus padres, de espaldas, con su larga melena pelirroja, parece igual que el resto de la gente.

María tuvo una enfermedad muy grave a los tres años y desde entonces no puede ver.

Es ciega.

Dice que recuerda algunas cosas.

Algunos colores.

Y algunas figuras.

La veo alejándose.

Me alegro muchísimo de haber saltado con ella.

No creo que se me olvide nunca esta noche de San Juan.

Mi madre se acerca a mí.

—¿Te ha gustado? —me pregunta.

Supongo que se refiere a las hogueras, aunque lo primero que me viene a la cabeza es el beso con María, así que respondo:



—Me ha encantado.

—Me alegro. Venga, vamos, que se ha hecho tarde.

Vamos caminando por el parque hasta la avenida que lleva a mi casa.

—Creo que los padres de María estaban un poco enfadados —digo.

—No se lo tomes en cuenta, están preocupados por la operación.

—¿Qué operación?

—La de este verano —contesta mi madre como si yo lo supiera. Al ver mi cara de sorpresa, añade—: Se llevan a María a Oviedo para que la operen de los ojos.

La miro asombrado.

—¿María va a ver? —pregunto.

—No se sabe. Pero lo van a intentar.

No digo nada más.

Mientras subimos por la cuesta de Segovia, veo el parque abajo, a lo lejos.



Con las hogueras encendidas.

Y pienso una vez más en el deseo que he pedido:

Que María pueda verme algún día.

